

EL CORREO LITERARIO.

PERIÓDICO POLÍTICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

COLABORADORES.

Arteaga Alemparte, Justo
Arteaga Alemparte, Domingo
Blest Gana, Alberto
Barra, Eduardo (de la)
Blanco Cuartin, Manuel
Bello, Emilio
Espejo Juan N.
Gandarillas, Francisco
Lillo, Eusebio
Lira R., Pedro
Matta, Manuel Antonio

Matta, Guillermo
Moncayo, Pedro
Murillo, Adolfo
Murillo, Valentín.
Moreno, René
Sofía, Antonio
Solar, Enrique
Santacruz, Joaquín.
Valderrama, Adolfo
Walker M., Carlos

SEGUNDA ÉPOCA.—NUM. 2.—JULIO 17 DE 1864.

SANTIAGO.

Oficina central, plaza de la Compañía.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD.

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Número 2.

Oficina central, plaza de la Compañía, junto a la imprenta.

Julio 17

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, JULIO 17 DE 1864.

Las preocupaciones.

Mucho gana el siglo en vapores, telégrafos, prensas i en inventos de toda clase. Los pueblos civilizados de un extremo al otro del globo están diariamente resonando con el silbido de las locomotoras, el ruido de la maquina, el hervor de los calderos, i con ese rumor, en fin, que se levanta confusamente de todos los rincones de la industria; la atmósfera se oscurece con el humo de las fábricas, i desde uno al otro polo se mandan mutuamente las naciones, junto con el rumor de sus talleres, el estímulo del progreso material. Pero es preciso confesar que los adelantos de la inteligencia no están en relacion con los adelantos morales de los pueblos. La materia va dejando atras a la inteligencia, arrastrándolasin embargo con toda la fuerza del siglo, para que esta siga tambien la marcha inmutable del universo.

Mucho cuesta para que una idea se abra paso, porque para ello tiene que mover desde los cimientos un inmenso edificio que se ha venido levantando desde tiempos inmemorables i ha tomado consistencia con el polvo de un millon de jeneraciones. La verdad tiene que ver apagado su brillo muchísimas veces ántes de poder aparecer con todo su esplendor ante la conciencia humana. Este es el gran trabajo de los siglos, la elaboracion misteriosa que se opera en el maravilloso conjunto de la naturaleza, con esa fuerza irresistible que nada basta a desviar ni a detener. Lucha secreta, pero poderosa, tenaz, incesante, entre todos los elementos que componen la máquina del orbe.

La luz con la oscuridad.

La verdad con el error.

El bien con el mal.

Lo fijo con lo variable.

El dia con la noche, en lucha eterna, venciendo el uno aquí mientras el otro triunfa allá.

I de todas partes se oyen voces que elevan los hombres profundamente interesados en el grandioso combate.

Al fin la oscuridad cede el paso a la luz; la verdad aniquila hasta la última sombra del error; el mal se humilla i huye avergonzado ante la pura grandeza del bien; i lo variable va desapareciendo ante lo inmutable, como las neblinas al contacto de los rayos ardorosos del sol. Quedará por fin, solo, como un inmenso faro repartiendo su lumbré en los ámbitos mas apartados del universo, lo infinito, el bello absoluto, la verdad.

Los momentos de ahora son de lucha; el siglo pertenece todo entero a los combatientes, que parecen encarnizarse por instantes en la tenacidad de su porfía. No hai rincón, por oculto que sea, no hai cumbre ni sima ni superficie, no hai parte, en fin, en donde no se esté cooperando a la batalla universal. Todos los seres, obrando indiferentemente, sin darse cuenta de sus actos o tendiendo a fines premeditados, están contribuyendo, sin saberlo la mayor parte, a la elaboracion de ese trabajo; cada uno está desempeñando su rol, como los distintos compuestos de una máquina.

Colon sintiendo bullir en su mente la vida de un mundo ignorado; Newton siguiendo extasiado el movimiento maravilloso de los astros: Sócrates concibiendo la idea de la unidad divina; Platon soñando la República; Guttemberg dando forma a la palabra; Galileo sintiendo convulsivo el movimiento del globo terrestre; Jesus predicando la idea sublime de la democracia; llamando a la humanidad destrozada a la comunión de la fraternidad, predicando la caridad, la mas preciosa de las virtudes i sellando en los brazos de la cruz la redención del mundo con el sangriento martirio de su amor; en una palabra, todos los jénios de todas las edades, que han derramado en el suelo fértil de los siglos la semilla de su inteligencia, han aparecido como otras tantas antorchas luminosas que han clareado una gran parte de las profundidades de la oscuridad i han sido, por decirlo así, los centinelas avanzados que han abierto paso al bien i a la verdad al traves de la ignorancia i del error.

Largos años de prueba, tormentos, sangre, martirio, vacilaciones terribles, siglos enteros de lucha, han tenido que sufrir esos pueblos de donde vemos ahora irradiar a los demas las luces de la civilizacion. Todos ellos han ido

venciendo poco a poco en un terreno perdido muchas veces i reconquistado con los mas grandes esfuerzos del poder de la inteligencia, i todos siguen todavia en la contienda con mas ánimo i con mejores esperanzas, porque hai algo en el presente que hace entrever los vagos destellos de una aurora que está aun lejos, pero que a veces deja traslucir un lijero rayo al traves del velo que guarda el porvenir.

Para nosotros esa aurora está todavia mas lejos; la luz puede hacerse en otras rejiones, allá donde mas se ha combatido, donde los elementos han sido mas poderosos i mas constantes; entónces aun será muy difícil que llegue a enseñorearse tambien por completo de nuestros espíritus. Tendrá que sostenerse con mas constancia la lucha, porque el término estará muy cercano i será el golpe de muerte a los que pretendan detener su marcha un instante mas. Hombres de ayer, razas desarrolladas en la abyeccion de la servidumbre, nacidas i crecidas sobre la huella de una época de derecho divino, de Inquisicion i de oscurantismo, verémos la luz sin poder fijarle nuestra vista, como un ciego de nacimiento a quien hirieran de repente los rayos deslombantes del astro del dia.

Nosotros no hemos dado aun ese paso que coloca en la tolerancia, sin la cual no puede venir la aceptacion. Está aun pegado fuertemente a nuestros hombros el manto de las viejas ideas, la rutina antigua nos tiene encadenados a su polvorienta base, la imitacion nos esclaviza, las preocupaciones nos cubren con su polvo secular, i creemos haber hecho mucho con haber cambiado de trajes i abandonar una que otra de las austeras costumbres de nuestros abuelos.

Se hace la guerra a toda innovacion; se combate con encarnizamiento toda idea que tienda a desatar esos lazos que nos ligan a los errores de la antigüedad. Los padres no quieren que sus hijos aprendan en otra escuela ni estudien en otros libros que aquellos en donde ellos alimentaron su inteligencia; les enseñan a odiar todo aquello que viene por su propio influjo en la corriente del progreso, sin pensar en que sea bueno o malo, sin detenerse a comprenderlo i nada mas que porque a ellos no les sirvió. Los niños beben la preocupacion en la leche de sus madres i; pobre de aquel que mire siquiera a otro camino que no sea la senda estrecha i estrecha por donde se le ha obligado a dar los primeros pasos! Se confunde a los hombres en el advenimiento de las ideas, i en el terror a las innovaciones se enseña el odio a las personas. No exajeramos si decimos que mas de un hogar ha escuchado voces de anatema ántes que fuese a penetrar por las rendijas de sus puertas el rumor lejano de una idea

nueva. Así se logra engañar a los ignorantes, aterrorizar a los tímidos, confortar a los desalentados i hacer que las preocupaciones ganen un terreno engañoso que mas tarde se verán precisadas a perder.

Aquí se anda sobre espinas. No se puede mirar al sol sin que se crea que el que lo mira tiene la intencion de cambiarlo por otro, lo que produciría un espantoso cataclismo, i sin que sus ojos corrieran el peligro de ser arrancados para que no volviesen a mirarlo. No se da un paso, no se se pronuncia una palabra, sin que se atisben i se comenten; i cuando ese paso es distinto del que dan los demas, si esta palabra se ha oido pocas veces, deben tener fines criminales, como trastornar el orden social, sobreponer las razas inmundas a la aristocracia del nacimiento, echar por tierra la religion, destruir todo lo bueno, i formar un mundo de horribles tinieblas bajo un Dios desconocido.

El que ha dado ese paso, el que ha pronunciado esa palabra, es mirado con terror por los unos i con odio por los otros, se le señala con el dedo para que los honrados i los buenos se aparten de él; i sería un tristísimo pária si no hubiera felizmente una buena falange de obreros, que saben pensar libremente i que acompañan i defienden al que tan injustamente ha sido condenado.

Esa es la preocupacion, que teme verse olvidada i vencida por la obra del siglo, porque no sabría vivir en otra atmósfera i se le habrían arrancado las raíces de donde ha tomado el jugo de su vida. Su poder está encadenado a los tiempos remotos, tiene su fuerza de su edad, i hé aquí porque trata de arraigarse con mas fuerza cuando se ve amenazada de muerte. Siempre son los viejos los que tienen mas apego a la vida.

Ella es la que clama, la que vocifera, la que desearía aniquilar cuanto sale del estrecho círculo de sus intereses. Algo se ha ganado contra ella; pero todavia su manto no se desgarrará. Ahora lucha con mas fuerza, trabaja en secreto, busca i husmea puntos de apoyo, aun cuando sea engañando, desata sus mil lenguas i quiere descargarse sobre el enemigo para ahogarlo bajo su peso. ¡Tanto mejor! La preocupacion del paganismo fué la que sacó a Jesucristo a la vergüenza pública, le dió a beber hiel i vinagre, lo espuso a la befa de una plebe azuzada por viles sayones, lo abofeteó en el rostro, le puso signo de afrenta, lo confundió con los ladrones, i por último dió al universo asombrado el espectáculo de su cuerpo crucificado en una cruz en la cima del Calvario. I sin embargo, la idea divina alzada en las palabras del apóstol sublime comenzó a estenderse,

ha dado la vuelta al mundo al través de millares de jeneraciones i hoy lo llena con su savia bienhechora i lo inunda en las hermosas claridades de una aurora sin noche.

La fé necesita esos contrastes terribles para cimentarse en el espíritu i marchar inquebrantable por el camino de la verdad.

Los Tribunales de justicia.

(CUADROS DE COSTUMBRES.)

Profundamente abstraído andaba un día de estos, por los llamados mundos de Dios, maldiciendo en mi interior a los escritores de costumbres por haberselo apropiado tantos temas para sus artículos. Buscaba i rebuscaba diciéndome: —sobre esto, no; sobre tal cosa,..... tampoco: ¡qué diablos, todo se ha dicho, añadía con desesperación!

¡Qué hacer! Andaba por las calles mirando aquí i allá como jefe de partido en tiempo de elecciones. Nada; los hombres pasaban muchas veces atropellándome i yo no veía en ellos mas que hombres: nada que me sacara del apuro. En tal estado se hallaba mi espíritu, cuando una súbita inspiración vino a mi mente. «A los Tribunales», me dije contento, «ahí encontraré infinitos temas»; dicho esto apresuré el paso en esa dirección i pocos minutos despues me encontré en uno de los patios de nuestros Tribunales de Justicia.

Una vez ahí, me situé en un ángulo del patio i pasé mis miradas en todas direcciones. Lévenme contemplando esa multitud de personas de todos sexos, edades i condiciones i considerando que todas eran movidas por un solo deseo; que se haga justicia.

Despues de este exámen jeneral dije: ahora es necesario afinar los oídos i la vista; hai casi seguridad de que cada hombre pueda suministrarme algo de que poder dar cuenta a mis lectores: ¿por dónde empezar? Vamos; me decidí por el sexo femenino que, segun opinion jeneral, debe ser el preferido.

En efecto, una mujer de manto, con aire de pobre, se dirigia en aquel momento a un hombre de sombrero de pita i espuelas, que tenia en sus manos una gran cartera llena de papeles.

—Con receptor me las hé, dije entre mí.

La mujer contestó a mi pensamiento diciéndole al hombre:—Me ha hecho la notificación?

—No he tenido tiempo, respondió secamente el receptor disponiéndose a marchar.

—Pero hágase cargo que la notificación urje; que de ello depende que mis hijos tengan que comer, agregaba la pobre aflijida.

—No puedo por hoy; tengo mucho que hacer, respondió el receptor, siguiendo su camino.

—Si no lo hace me quejaré al señor Juez.

—Como Ud. quiera, le gritó ya lejos el hombre.

Al ver la aflicción de la mujer me acerqué a ella.

—Señora, la dije, por qué no quieren hacerle la notificación?

—Porque así pobre i no tengo obligación de pagar al receptor. ¡Ya se ve!... es de balde, i echándose el manto a los ojos se salió silenciosa.

—¡Cuánta injusticia! exclamé yo, siguiendo involuntariamente la dirección que llevaba el receptor. Este se había parado delante de un caballero de buena figura.

—Señor, le dijo descubriéndose, ya está notificada la parte contraria.

—Tan luego? no precisaba tanto.

—Que quiere, pues señor; me gusta que las diligencias que se me encomiendan anden listas.

—Bien hecho, lo recomendaré a mis amigos, i ¿cuánto vale la notificación?

—Dos pesos, señor, hai como dos leguas.

—Tómelos U.

—Gracias, señor, su pleito me parece seguro: ¡es tan diablo su abogado!

El cliente estuvo por agregar un peso mas a lo dado anteriormente, pero no pasó de ahí i se retiró sonriéndose.

—Con que así señor receptor, me dije interiormente, para la pobre palo, para el rico miel? ¡Allí orgullo e injusticia, aquí amabilidad i adulato!....

El receptor había salido a la calle i ya no tenia para qué ocuparme de él.

—Necesario es ir a otra parte; vamos hacia aquel hombre de poncho, gordo, con todo el aire de honradez i buena fé.

Me fui, en efecto, hacia él i como le encontré mirando a todos lados como persona que busca algo, amigo, díjele, ¿a quién busca?

—Busco a un abogado, señor, para un pleito i me han dicho que aquí podrá encontrar. ¿Conoce por acaso alguno?

—Ninguno de los que por aquí andan.

—Gracias, pues, señor.

Entonces solo me vine a fijar en dos hombres que, sentados en un banco detras de nosotros, escuchaban con marcada atención las palabras del de poncho. Se miraron de un modo tan singular que me dió que pensar.

El hombre del poncho permaneció en el mismo lugar, i yo me puse a observar a los dos hombres que permanecian en el mismo banco.

Era uno de ellos alto, flaco, de levita abrochada hasta arriba, de miedo sin duda de mostrar una camisa como conciencia de judío. Podría tener unos treinta años; las señales del *national punch*, estaban impresas en sus carrillos: esto i unos ojos grandes, sin brillo alguno, daban al ciudadano un cierto aire de repugnancia bastante marcado para que llamase mas seriamente mi atención.

El otro tenia un aspecto diferente. Un si es no es de *sans facon* sentaba primorosamente a su rostro algo picarezo. Al verle en aquel instante, cualquiera habría creído que era uno de nuestros parisienses, recién llegado ¡tal era el aire desdichado i nuello a la vez con que echaba al aire el humo de su cigarro! Pero en honor de la verdad dirémos que difería de esos caballeros (hablo de la jeneralidad) en su traje, bastante *asiaticado*, por cierto.

Este parecia tener unos veinticinco años. Escuchaba en aquel instante con mucha atención las palabras que en voz baja le dirigia el compañero; al fin el mas jóven se estiró i tosió con importancia diciendo con entereza al compañero. —Pues, hombre; yo, desde que soy abogado, no he perdido un solo pleito; ya se ve! tú bien sabes que soy amigo del juez i ademas.

—Tienes razon; desde ahora te prometo ser tu mas constante cliente; por fortuna pienso entablar un pleito i te lo daré ¡sabes tanto!

¡Pobre del que esto oía! El hombre de poncho sumamente contento se dirigió, sombrero en mano, hacia el que tan buen ojo hacia de sí.

—Señor, dijo al mas jóven, yo quisiera hablar a su *merced* para un pleiteito, i si Vd. quisiera hacernos el favor de tomar mi defensa.

—Venid acá, buen hombre, hablarémos; contestó el mas jóven, con un aire de protección.

Dicho esto lo condujo a la primera oficina que por allí habia. Yo, bastante picada mi curiosidad, me entretuve tambien, i para no dar que maliciar, pedi un protocolo i me senté justamente cerca del lugar en que retirados mis dos interlocutores se disponian a hablar. Yo me hice el que leia con suma atención i escuché.

—Hablad, ¿de qué se trata? preguntó el individuo con interés.

—Es de que un primo mío mui rico murió hace pocos días sin hacer testamento i yo quisiera saber si me toca algo.

—Con qué ¿no hizo testamento?

—No, señor; eso es seguro.

—¿I dejó hijos su primo?

—Cinco no mas, señor.

—¿Cinco hijos? añadió el tinterillo, embarazado; no son muchos os que digamos.

—Yo me he presentado a los hijos i nada quieren darme.

—¿Qué barbaridad!

—Yo les he dicho que los demandaría...

—Por supuesto; mui bien hecho!

—Ellos se rieron; yo monté a caballo i me he venido derecho aquí.

—¿Sabe, amigo, dijo el tinterillo con aire de un hombre que piensa, que el asunto no es tan malo? voi a ver lo que dice el nuevo Código, i si es como yo pienso, ganamos de seguro. Bien puede V. dar gracias a Dios por haber caído en mis manos.

En efecto, se me figuró que el individuo de poncho elevaba con fervor sus ojos al cielo.

El tinterillo, pues ya habrá adivinado el lector que no era otra cosa, tomó, entre tanto, el primer libro que encontró a mano i que si mal no recuerdo era un Diccionario Castellano bastante voluminoso. Lo abrió; hojeó durante algunos minutos, se hizo que leía i lleno de gozo llegó donde su cliente con el libro en la mano.

—¿Sabe leer, amigo? le preguntó.

—No, señor.

—Que lástima, hombre! añadió el tinterillo como libre de un gran peso, hubiera podido leer el artículo 10,499 que dice, mis mienos:

«Toda persona que tenga cinco hijos o mas i algun primo por parte de padre»... porque el difunto era su primo por parte de padre, ¿no es así, se interrumpió el tinterillo?

—No señor, era hijo de la finada ña Chepita, hermana de mi madre.

—Pues entónces, es otro el artículo; el 10,500: si, si, este es, continuó leyendo, este está clarito; escuche:

«Toda persona que tenga cinco hijos o mas i algun primo por parte de madre, es obligado a dejar al primo sobreviviente, la mitad de sus bienes.» Me parece que es mui claro, añadió.

—Si es así ganamos, pues, señor.

—No tenga duda, ahora mismo vamos a hacer un escrito; corra! traiga un pliego de papel sellado i busque treinta pesos a cuenta de honorario.

—Veinte i cinco pesos no mas ando trayendo, señor, i si ganamos el pleito, le aseguro la mitad.

—No hai para qué, yo soi caritativo con los pobres.

Vació el pobre el bolsillo en manos del tinterillo, dejando solo cincuenta centavos para el papel i salió en seguida.

Yo tosi para contener mi indignacion pronta a estallar, i mientras el tinterillo hablaba con su compañero, me largué al patio; estaba confundido; necesitaba haber visto i oído para convencerme de la maldad de los tinterillos, tal como me los habían pintado.

Volví de nuevo a mi observatorio. Siempre la misma multitud que entraba, salía i se movía e i todos sentidos. Mas... ¿qué veo? no es don Facundio el abogado, aquel jóven de bigotes, elegante, que se pasea con el aire de un marques? Si, el es; recuerdo que ayer ganó un pleito bien malo, segun dicen; sin duda an la buscando al cliente para el pago de la iguala; ese que va a su encuentro debe ser. ¿Qué sonrisa tan amable la del abogado!

—Señor Don Facundio!... ¿cómo está su salud?

—Regular, mi señor don Cipriano; he estado anoche un poco enfermo del pecho, talvez sea efecto del alegato de ayer... ¡hablé tanto!...

—¡Bien... es de suponerlo, porque para ganar ese pleito que todos decian ser tan malo...!

—El resultado es el que vale, amigo. Si es verdad que el asunto era malo, la lei es tambien mui elástica; esto, junto con un poquito de práctica en negocios de esta clase, no me ha permitido dudar por un momento del éxito.

—Gracias a Dios i a Ud., al fin ya estoi libre de pleitos e historias! ¡dos años de continuos azares!

—¡Dos años de asiduo trabajo!

—Eso si, señor don Facundio, estoi mui satisfecho de su trabajo; le suplico ahora que arreglemos nuestras cuentas; es mui justo.

—¡Las cosas de Ud. mi señor don Cipriano!

—¿Qué cosas ni que nada! tome Ud. esa letra de 1,000 pesos contra el banco, i estamos a camino.

—De ninguna manera; prefiero la amistad de Ud....

—Sin perjuicio; se subentiende.

—Vaya! ya que Ud. se empeña...

—Si, amigo, i de paso le diré que lo espero esta noche a tomar el té en mi casa; mi esposa tiene muchos deseos de conocerlo.

—Es mucho honor para mí; iré sin falta.

—Adios pues, señor don Facundio.

—Hasta ahora, mi señor don Cipriano.

Don Facundio apretaba convulsivamente la letra contra su almidonado pecho. ¡Aí! me dije yo, quien sabe a que pobre has despojado con tus artimañas! Pero en fin, esto es concluido i menester es que busque otra parte adonde pueda dirigir mis visuales.

Me diriji de nuevo a mi rincón i no tuve que esperar mucho para tener de qué ocuparme. Mi amigo Claudio entraba en aquel instante mirando para todos lados.

Llaméle i dijele: —¿Qué buscas tan apurado, hombre?

—A Martin, pues, hombre, nos hemos llevado con él i varios otros en el Hotel Ingles i nos hemos bebido unas cuantas botellas de Oporto, porque has de saber que Martin va a alegar hoy por vez primera. Despues del alegato nos vamos a un *lunch* a la chacra del padre de Martin, adonde este nos ha convidado. Nos ha pedido que le demos nuestro juicio sobre su alegato, i como todos tenemos entrada a la Corte, se lo daremos con toda franqueza.

—Ya lo creo, contesté riéndome.

—Ahí vienen, se habian quedado un poco atras, sin duda.

En efecto, traian entre dos al pobre Martin que llevaba en su rostro las señales de haber hecho, mejor que todos los honores al forficante Oporto.

Sus amigos marchaban cerca de él disputándose el lugar mas cercano a Martin.

Claudio se fué hácia ellos i yo tomando la retaguardia empecé a seguirlos.

—¡Animo! Martin, decia a este un abogado; no te vayas a aplomar delante de los jueces.

—No olvides el argumento fuerte; aquel que... le decia otro.

—Indignate bastante contra el abogado contrario; dile que no sabes como se ha atrevido a defender una causa tan mala, tan injusta, tan...

—Si, contesta el encapillado; voi como un *quique*.

—¿Me gusta un hombre con bríos!

—Échale unos *cogellitos* a los jueces, hombre.

—No hai cuidado; lo llevo todo de memoria.

Aquí llegaba la conversacion, cuando entraron los interlocutores a la sala de la Corte, lugar reservado a ciertos individuos, merced a lo cual nuestras audien-

cias son tan públicas como las confesiones de cuervos.

Suprimiré en obsequio de tu paciencia, indulgente lector las reflexiones que acerca de esto hice, para conducirte a otro campo que no quiero ni debo pasar en silencio i que será materia de un segundo artículo.

J. SANTA-CRUZ.

Voces de la ausencia.

(A MARIA)

I.

«Un recuerdo! Una blanca nubecilla que atraviesa vaporosa la superficie de los cielos; una barquilla abandonada en la inmensidad de los mares; una ola fugitiva que riza mansamente las arenas de la playa; un nido solitario escondido entre las hojas de un rosa; el eco débil i misterioso de un canto que ha cesado....

¡Un bien pasado! El recuerdo lo transfigura en sombra; pero todavía queda un rayo de luz; un destello lánguido ilumina con una lumbre vaga las profundidades del corazón.

Bendito sea Dios que nos ha dado la memoria!

¡Benditos sean los recuerdos!

María, tú eres mi recuerdo. En la noche, cuando el sueño adormece mis sentidos, yo te veo vagar en torno de mi lecho, oigo un ruido de alas i siento sobre mi frente el rocío cariñoso de tu mirada suave como los rayos de la luna. Tus ojos tienen la transparencia de los cielos. Te acercas, tu blanca mano se posa sobre la mía; en tus labios se impregna la sonrisa de la ternura; tu aliento me perfuma como si fuera la respiración de las flores; tu semblante ha subido al cielo i se ha bañado en el esplendor de los astros; tu voz suave i melodiosa como el canto de las oncinas murmura a mis oídos una caricia de amor, empapada en la armonía de los ángeles; tu suspiro envuelto en una ráfaga de aroma viene a besar castamente mis labios i penetra por ellos hasta quemar sus alas en la luz que brilla en el fondo de mi alma. Las estrellas se estreñecen; el aire se perfuma en exhalaciones de amor; un concierto de voces misteriosas entona el himno de la creación; el espacio se ilumina con un fulgor que deslumbra.... es el cielo que se abre, es ella que ha traído el cielo a mi corazón.

¡Fue un sueño!

¡Benditos sean los recuerdos que crean esos sueños!

II.

¡Mi bien! ¿Dónde estás? Vives en los astros, vuelas con los ecos misteriosos que traen las puras brisas de los bosques? Te meces en las pacíficas ondas del lago? No es tuya la voz simpática de esa ave que gorjea en la enramada? Eres tú la que bajas, como una hada invisible, en los rayos de la luna? Vías acaso envuelta en aquella nube solitaria que se desliza por el espacio, teñida en los colores del crepúsculo? No es el aliento de tus labios ese aire aromático que viene a refrescar mi frente abrasada por el insomnio? No es un suspiro de tu alma ese melancólico sonido de un instrumento lejano? No es tu mirada, tu mirada casta i amorosa, el brillo de esa estrella que tiembla en el firmamento? ¿Dónde estás? ¡Ah! ya lo sé. Estás aquí; dentro de mi alma, en ese rincón donde brilla una luz: la del recuerdo! El recuerdo tiene también sus ilusiones. ¡Qué terrible es la ausencia! ¡Qué terrible es esa soledad del alma, que busca en su propia tristeza un bálsamo para sus heridas! ¡Qué triste está todo; la naturaleza i ora con los desgraciados, las aves lloran también con ellos; cada uno de sus gorjeos es un gemido de amor; la noche

también llora; el rocío, que aparece con la mañana sobre las hojas de las flores, es el llanto que ella ha vertido; la noche también se queja; esos ruidos confusos que bajan de las montañas, son la voz de sus dolores. Es preciso que alguien acompañe nuestra amargura, porque de otro modo la tristeza nos ahogaría; por eso cuando el que sufre está solo la naturaleza le hace creer que sufre con él. La ausencia es el mas horrible de los tormentos; ella deja en el corazón un vacío doloroso que lo martiriza.

¡Benditos sean los recuerdos que llenan el vacío de corazón!

III.

¡María! ¿porqué te has ido? Sabes tú lo que sufre un corazón enamorado cuando lo separan de su amor? Podrás medir la inmensidad de ese martirio? Para mí no hai placer ni siquiera un leve instante de alegría. Yo he gozado a tu lado algunos momentos de paraíso; ahora no hallo nada; tú te has llevado el cielo. Muchas veces, como en aquellos tiempos en que iba todos los días a verte, me he dirigido también a tu morada en busca de mi alegría. Solo hallé un fijero perfume que tú habías dejado en el aire cuando suspiraste al tiempo de partir; yo he aspirado ese aire i ese perfume está ahora guardado en mi corazón, en el mismo lugar en donde guardo algunos rayos de tus miradas. ¿No sabías tú que las miradas se pueden también guardar? He ido a sentarme cerca de ti, es decir junto al lugar donde tú acostumbrabas sentarte; no te estabas, pero a cada momento me parecía escuchar el ruido de tus pasos, el roce de tus vestidos, o el eco de tu risa, i yo me estremecía sin saber porqué. Creo también que te he dirigido la palabra, pero tú no me has contestado. Estás tan lejos! Acaso ni siquiera piensas en que aquí ha quedado un ser que no vive sino con tu recuerdo. He ido al paseo que tú frecuentabas; no se si había allí alguna jente, pero yo lo he encontrado desierto; en vano fijaba mis ojos en el lado por donde siempre te veía llegar; tú no venías i de mi pecho se escapaba un suspiro que tomaba la dirección de la costa. Todo se oscurece; alla lejos, muy lejos, en el confin mas remoto del horizonte, brilla con una lumbre débil un astro consolador; debe ser la esperanza.

¡Benditos sean los recuerdos hermanos de la esperanza!

IV.

Aquel mío! Cuántos días hace que no te veo!

Hai horas que parecen siglos; hai horas que pesan mas que un mundo sobre la frente. Veo sin embargo un reflejo de claridad en medio de las oscuridades del sufrimiento; es el recuerdo de las dulces horas que he pasado contigo. Dime ¿Te acuerdas? Imposible que te hayas olvidado tan pronto. Algunas veces, sentados el uno junto al otro, hablábamos al parecer de cosas indiferentes; yo te miraba extasiado; mis ojos posados con los tuyos querían buscar en ellos la revelación de un sentimiento apasionado; no te hablaba de mi amor; pero mi semblante, mi acento, el temblor de mi voz, el extravío de mis miradas, mi mismo silencio, todo, todo te revelaba la pasión profunda que siento por ti; i yo creo que tú me comprendías. Otras veces, sentada tú al piano i yo a tu lado, hablábamos de los secretos del corazón i entonces tú hacías vibrar las cuerdas dándonos una armonía que me producía una dulce embriaguez; cada nota parecía un eco de amor tierno i puro, como deben ser tus ilusiones; tú música era un poema de sentimientos, una cadena melodiosa de sonrisas suspiros. Tú dabas al instrumento toda la poesía de i alma; quizás desbordaba en ella el sentimiento i tú lo traducías en notas, revelando en la música un secreto que tus labios no querían confesar. En otras ocasiones,

cuando buscando en tu corazón el secreto de la vida, yo te preguntaba si amabas, tu semblante iluminado tomaba una expresión indefinible i con una sonrisa encantadora me respondías que sí. ¿A quien? entónces venían a tus labios frases cortadas, medias palabras pronunciadas en voz baja o trayendo a la memoria algún recuerdo de otros días casi olvidados. I cuándo pensabas que yo pudiera adivinarte, dabas a tu acento el tono indiferente de una broma, i yo caía dolorosamente del cielo a donde me habia llevado la esperanza. Hai días en que eres incomprensible.

Cuando siento mas punzante el dolor que me causa tu ausencia, cuando me siento atargado por el cansancio de la amargura, cuando mis ojos no ven mas que sombras i se agolpan a mi imaginación pensamientos desgarradores; evoco contigo el poder de la memoria esos dulces recuerdos, esas risueñas páginas de mi pasado i cada una de ellas trae un alivio a mis pesares. ¡Benditos sean los recuerdos que saben consolarnos!

V.

María! ¿Te has acordado de mí? Has pronunciado alguna vez mi nombre dejando escapar sus sílabas en el aliento de un suspiro? Yo, desde el día que te fuiste, no hago mas que pronunciar el tuyo, porque me parece que llamándote te acercas a mí. Muchas veces he despertado del sueño al ruido que hacia yo mismo repitiendo tu nombre. ¡Te amo tanto! Te amo con ese amor que deben sentir los ángeles; si las flores se amaran, su amor no sería tan puro como el mío; hai amores nacidos de un rayo de la aurora; para ellos no existe la noche; solo existe una sombra, pero una sombra transparente al traves de la cual se ve la sonrisa de Dios. Yo no he conocido mas que un solo amor i es el que tú me has inspirado; por eso es tan intenso; ha nacido en un corazón virgen, por eso es tan ardiente; es el primer rayo del sol de la vida, por eso es tan casto; es el primero, por eso es inocente. Yo no sé como ni cuando ha nacido; me parece que lo he recordado en los sueños de la cuna i solo se ha manifestado cuando sufrí la primera contradicción. O era talvez un soplo de vida que se habia escapado del cielo, i mi alma la recogió cuando vino a animar mi cuerpo. Por eso creo que si esta llama dejase de alumbrar mi espíritu, mi vida se apagaría con ella.

VI.

María! escucha. Tengo delante de mí un manojo de flores marchitas, tristes despojos que me han arrojado las olas del tiempo i que yo he conservado como preciosas reliquias. Cada una de esas flores me recuerda una época de mi vida, porque has de saber que yo cuento mi vida por las palpitaciones de mi corazón. La naturaleza está en mi amor; los momentos en que te veo son mis días de sol; tu ausencia es mi noche; tus sonrisas forman mis flores; los pesares que me das son las nubes que oscurecen mi cielo. Es verdad que esta naturaleza está continuamente agitada por fuertes borrascas i que mi cielo se cubre muy amenudo de espesos nublados. Pero ¿qué importa? Yo te amo i este amor es el aliento de mi vida.

Estas flores que se han secado al calor de mi corazón, que he devorado con mis besos, que muchas veces, recibiendo mis confidencias, se han humedecido con mis lágrimas, tienen para mí un valor infinito, porque ellas han venido de tí. Por eso las guardo. Están secas, sin color, sin aroma, como si jamas hubieran tenido vida. ¡Quién sabe! si ellas no hubieran venido a mi poder, tu las habrías arrojado despues de adornarte con ellas i talvez hubieran sido pisadas i barridas por el viento que tantas veces ha llevado tus suspiros a perderse en el espacio.

Esta rosa era hermosísima. Tenía un color tan encendido como si se hubiera concentrado en ella todo el fuego, todo el amor de las demás flores; sus hojas eran puras, suaves, frescas, pero no alcanzaban a competir con tus labios. Estaba prendida en tus cabellos con una gracia inimitable. Oh! como la envidiaban cuantos la veían colocada sobre tu frente! Un movimiento de tu cabeza la desarregló, tú la quitaste de allí para arreglar tu peinado i la dejaste sobre un mueble sin acordarte mas de ella. ¡Con cuánta alegría fui yo mas tarde a tomarla! La puse sobre mi corazón i la dejé marchitarse al lado de sus compañeras.

Esas hojas sueltas eran de un junco. Tú jugabas con él, lo llevabas a tus labios, lo mirabas sonriendo i tus manos delicadas empezaron a deshojarlo poco a poco. Yo fui recojiendo una por una esas hojas perfumadas que caían sobre la alfombra, las puse sobre mi corazón i las traje tambien a compartir el destino de sus hermanas.

Ese manojito de jazmines, atados aun con la cinta celeste que tú le pusiste, estaba una tarde sobre tu pecho. Algunos envilecidos te lo pidieron, pero las flores quedaron siempre en su lugar. Estaban mal prendidos i se cayeron; yo que no separaba mi vista los tomé sin que nadie me observara i los blancos jazmines vinieron a aumentar estas tristes páginas que tú has ido escribiendo sin saberlo. Ese clavel, esa ramita de rosedá, hasta ese pequeño tallo sin flor, todo viene de tí, todo ha recibido algo de ese dulce perfume que se desprende de tu ser.

VII.

¿Por qué la vista de esa pobre hoja de malva me produce un dolor inexplicable i hace apresurar los latidos de mi corazón? Ah! Ella hace palpar mis sienes al calor de un recuerdo bendito que yo siempre acaricio con la gratitud de una madre al recibir un beso de su hijo: es el recuerdo puro de una noche de tierna confianza. La pobre malva está seca, tiene un color tristísimo, no conserva ya ese suave perfume de la frescura; pero yo hallo en ella el encanto amoroso que le dió al tocarla la mano de María; me parece ver entre sus pliegues los perfiles del rostro de ese ángel purísimo, creo que todavía está húmeda con su aliento delicado.

Era de noche; María fué al jardín, cortó por sus propias manos esa hoja que temblaba de amor al lado de sus hermanas; las estrellas brillaron de alegría, el rocío se estremeció de placer en el cáliz de todas las flores, i las otras malvas vieron con envidia desaparecer a su hermana que al separarse de su lado dejó para ellas en el tallo tronchado una lágrima de ternura. Despues... Oh! despues pasó la hoja de malva unas cuantas horas sobre mi corazón i mas tarde vino a secarse en esta urna de mis memorias. María no lo sabe, no lo sabrá nunca.

Esa hoja de malva, que encierra en sí una historia melancólica de amor, ha pasado talvez por la vida de María con esa prontitud con que pasan los episodios insignificantes del poema del corazón. Para mí ha sido como esas melodías que, oyéndolas una vez, no dejan de resonar jamas en el oído con un eco divino i misterioso.

Pobres flores!

ROMAN.

POESIAS.

Al partir.

A. JOSE MARIA ALVAREZ.

Partes, ¡lejos de la patria mía
 Vas a vivir en las tranquilas playas
 Donde murmura el trasparente Guayas,
 Donde alza el Chiquiborazo su alta sien.
 Mi adiós postrero tu amistad reciba,
 El adiós de un amigo, de un hermano;
 Del que a pesar del tiempo ¡del océano
 Guardará a la amistad eterna fé.

Mas, no será mi adiós bañado en llanto,
 Aunque angustiada sufra el alma mía:
 Yo, como tienes tú, tengo cuerchia
 Porque vas a cumplir con tu deber.
 El amor de la patria, santo fuego,
 Que alimenta toda alma jenerosa,
 Te lleva al Ecuador, tu patria hermosa,
 Del suelo tropical brillante Eden.

Esa es tu patria!—Parte!—Lleva a ella
 Tus nobles sentimientos, dulce amigo!
 Oh! qué pudiera yo partir contigo!
 Pudiera junto a ti siempre vivir!
 Tus miseros sentimientos son los míos,
 El mismo odio a los déspotas tenemos;
 Por la patria luchar los dos queremos,
 Por conservar su libertad morir!

Si no fuera tan noble tu alma altiva,
 Si no fueras tan libre americano,
 Nunca estrechará yo, nunca, tu mano,
 Ni te brindará mi amistad jamás!
 Pero hallé en tí lo que buscaba ansioso,
 Alma elevada, aspiración de gloria,
 Ardor divino de inmortal memoria,
 Pecho henchido de vida ¡y libertad.

Desde niño pulsaste el arpa de oro,
 ¡I arrancaste magnífica armonía;
 Sus alas poderosas estendía
 Sobre tu frente el genio inspirador!
 ¡I cantaste a la América: sus triunfos,
 Sus mares, sus desiertos te inspiraron;
 Sus hijos a tus versos palpitaban
 Como al eco del bronce ¡y del cañon.

Sigue haciendo vibrar las áureas cuerdas,
 Cumple, poeta, tu inmortal destino;
 Que es inmenso, es brillante tu camino,
 Cien coronas te apronta el Porvenir!
 La Libertad exige combatientes:
 Pues, combatamos sin cesar por ella!
 No exhale nuestra voz débil querrela,
 Que es indigno llorar, mengua es jimir!

La misión del poeta Americano
 No es exhalar su canto entre las flores;
 Ni en egoístas, lánguidos amores
 Exhalar himnos de infeliz dolor!
 Es cantar a la América: sus luchas,
 Su porvenir espléndido, su gloria,
 ¡I el hurra varonil de la victoria,
 ¡I el reto al despotismo, a la opresión!—

Es cantar de los pueblos el progreso:
 Su eterna agitación, su eterna vida;
 ¡I en cada cuerda, al resonar herida,

Un sentimiento noble hacer vibrar.
 Unidas nuestras arpas siempre eleven
 Un solo canto entusiasmado, fuerte;
 ¡I unida nuestra voz ¡y nuestra suerte
 Tal debemos los dos siempre cantar!—

Adiós!—Guarda mi nombre en tu memoria!
 Recuerda siempre que en la patria mía
 Hai para ti sincera simpatía,
 Jenerosa amistad, eterna fé!
 ¡I que hai un pecho en que tu nombre vive,
 Como recuerdo delicado, eterno;
 Amigo, adiós!—En mi cariño tierno
 Fiel a nuestra amistad siempre seré.

CARLOS WALKER MARTINEZ.

Julio de 1864.

Las dos rosas.

A LA SIMPATICA SEÑORITA C. U.

No a tí los tiernos lazos
 De la amistad me ligan
 Sino los de una dulce
 Secreta simpatía;
 ¡I en nombre de ella a hablarte
 Mi corazón se anima,
 Que todos los que sufren
 Hermanos son, Corina.

Acogijada ¡I sola
 Tú lloras, bella niña,
 La muerte de una hermana
 Que tu embeleso hacía.
 Sagradas son tus lágrimas
 Pues tu tristeza alivian,
 Lloral... pero en tu llanto
 Escúchame, Corina.

Te contaré una historia,
 Que oí en aquellos días
 Cuando ántes de ser huérfano
 Soñaba mil delicias.
 Eran dos lindas rosas
 Que en un eden crecían,
 Tan puras... cual el alma
 Que tienes tú, Corina.

Nacidas en un tallo,
 Las daba sus caricias
 La madre-rosa, en tanto
 Las auras las mecían.
 Sin celos, sin pesares
 Vivían entre dichas,
 Cual tú viviste un tiempo,
 Simpática Corina.

A Dios tan solo amaban
 Las flores felicisimas,
 ¡I Dios hacía los cielos
 Llevarlas quiso un día.
 Lo supo el Anjel bello
 Guardian de la campiña
 ¡I a Dios, cual habla un anjel,
 Así le habló, Corina:

—«Señor! sé que mis rosas
 «Son dignas de la dicha
 «Con que premiar deseas

«Su inmaculada vida;
«Mas, si las dos te llevas
«Su madre moriría!....»
¡Qué buenos son los ángeles,
Que buenos son, Corina!

Dios escuchó del ánjel
Las súplicas sentidas
I al llevarse una rosa
Dejó a la otra en la vida
Para que de su madre
Fuera consuelo i dicha. . . .
¡Julia era aquella rosa,
Esta. . . . eres tú, Corina!

No sufras por tu hermana,
Bella, inocente niña,
Pues ya junto a los ángeles
Hoi vive de alegría.—
¡Julia voló a los cielos,
Fué la rosa elejida!
Tú con tu madre quedas,
Consué'ala, Corina!... S.

Santiago, 1864.

Invierno i Primavera.

El día esta triste i el cielo nublado,
Marchito está el prado,
Sin flores el uno i el otro sin luz.
Tambien en las almas hai días de duelo,
Sin luz i sin cielo,
De tristes recuerdos, de vaga inquietud.

El árbol jimiendo de gualda se tiñe,
I el aura desciñe
Las últimas hojas que abrigo le dan.
Tambien la esperanza del alma se pierde....
El árbol fué verde,
Sus hojas cayeron, marchitas están!

«Primavera, primavera»
Dice una voz,
E ilumina la pradera
Fuljido sol.
Cubre la huérfana rama
Nuevo verdor
I entre la menuda grama
Nace una flor.

El corazón al contento
Ya despertó,
I le dice un dulce acento:
«Amor! amor!»

En él de esperanza, pura
Brotó una flor,
I entre sus nubes fulgura
Vívido sol.

Volvieron al árbol las hojas perdidas:
Sus ramas floridas
Mas verdes que nunca, mas bellas están.
Invierno del alma, pasaste, i lijera
Peráz primavera
Mas bellas que nunca sus flores nos das!

E DE LA BARRA LASTARRIA.

La poesia

A G-

Poesia, luciente i santo lumen,
Que al hombre, desde el miserable suelo,
Visos señalas del lejano cielo;
Los misterios que el mundo reasumen
Descorren ante tí su denso velo,
I tu sagrado i ardoroso nimen,
A los que en la miseria se consumen,
Cual benéfica lluvia, da consuelo.
Tú muestras la unidad i la armonía
Del acto de El que dijo: «La luz sea!»
I del caos brotó brillante el día.
Tú desarrollas la infinita idea
De El que es; i por tí, el hombre, o Poesia,
Cual Dios concibe, piensa, quiere i crea!

Paris, enero de 1846.

A la Esperanza.

Sirena melodiosa, alma esperanza,
Cuyo cantar todo dolor mitiga;
Siempre alegre, risueña, sin mudanza,
Madre del infeliz, del triste amiga;
Tú sola das consuelos i pujanza
Al mortal que, agoviado de fatiga,
Vé de continuo en desigual balanza
El bien i el mal, i en dudas se atosiga,
Al cielo i a los hombres desdeñando:
Oh! nunca, de la vida, en los azares,
Deje, esperanza, de escuchar tu blando
Arrullo i tus fantásticos cantares!
Cántame, aunque me sigas engañando,
Que sin tí, todo es dudas i pesares!

Santiago, 29 de abril de 1832.

M. A. MATTA.

ARABESCOS.

Tan solo de pensar que nuestros perfiles no tengan toda la delicadeza que quisiéramos darles, casi nos arrepentimos de haber iniciado la difícil tarea de delinear estos arabescos parlamentarios. Algunas veces, después de haber observado la figura griega o romana de algun representante, la trasladamos al papel i nos encontramos con que en lugar de la mui artística que habíamos concebido tenemos un mascarón azteca. La mayor parte de las figuras que se presentan a la vista no tienen vida, i son poco mas que los bustos de yeso que adornan las habitaciones del escultor. Tratándose de esto es, cuando nos vemos mas embarazados, porque necesitan un cíncel que, a cada golpe, les infunda la vida i el alma de que carecen los orijinales. Necesitamos figuras mas grandiosas para nuestros festones, imágenes siquiera, que se destaquen i sobresalgan de las demas entre quienes están colocados. Esto podemos obtener, no en la abundancia que sería de desear pero en una cantidad que si no es considerable tampoco es escasa ni mezquina. Digámos

la verdad, el Congreso de 64 es la flor i nata de todos los congresos que ha habido desde que somos independientes i libres, no porque en él tengan asiento todos los hombres que dignamente pudieran tenerlo, que mui léjos está de ser así, sino porque lo tienen todas las opiniones i todos los partidos. Si en Chile hai grandes hombres, debemos aceptar que los hai en el Congreso, si hai oradores, necesario es tambien que pasemos porque los hai en la Cámara de diputados.

Sentemos de una vez que hai oradores, despues diremos cuantos son ellos. Poco importa el número, lo importante es la calidad. Hagamos subir a la tribuna al presidente de la Cámara, i veamos qué es lo que dice su porte, su figura, su voz, su espresion, sus ademanes i sus ideas.

Esperemos un instante, dejémosle que tosa i limpie bien su garganta.....

Ya está.

Su porte es regular, su figura enjuta, su voz simpática, su espresion enérgica, elegantes sus ademanes, arraigadas i profundas sus convicciones, i sus ideas conservadoras porque no nos atrevemos a decir retrógradas.

Basta un instante para reconocer en él todas estas cualidades. En cualquier cuestion, en cualquier circunstancia Tocornal es el mismo. Como ciudadano, como ministro i como presidente de la Cámara se sacrificará siempre por ser consecuente con sus opiniones, por ser lo que sus enemigos le echan en cara, por lo que, segun él, es un timbre de honor, por ser *petucon*.

No es nuestro ánimo tratar de si tales o cuales ideas son verdaderas o falsas, que aunque amigos de la verdad, respetamos todas las creencias.

Hablamos aquí solamente de las cualidades del orador, no del color de sus opiniones, que importa poco para el caso, saber si son radicales o conservadoras.

Al orador es preciso oirlo, es preciso verlo ajitarse en un sillón cuando la pasión lo conmueve i lo inspira, para comunicar a los oyentes esa ajitacion que lo estremece i el convencimiento que lo anima; de otro modo no se le comprenderá jamás.

En este período legislativo solo una vez ha tenido ocasion Tocornal de mostrar sus talentos i sus facultades oratorias. Cuando se trataba de retirar la acusacion del intendente de Aconcagua, se mostró valiente i audaz en estremo. Estas dos cualidades las posee en alto grado; nunca retrocede ante sus enemigos. Demasiado injenioso para presentar las cuestiones, las sostiene hasta el último trance sin que se le vea desfallecer un instante; sin transijir por nada con sus adversarios, i reforzando siempre sus argumentos con todos los recursos de su ilustracion, persigue al enemigo en donde

quiera que se refugia: muchas ocasiones lo eleva para derribarlo despues, i le limpia la arena del circo para que caiga sin tropiezo. Pero si en lugar de defender una buena cuestion aboga por una mala causa, lo vemos encastillarse en las almenas de su persona, hacer su apolojía i encerrarse en una reserva verdaderamente desesperante. Esto le sucedia mui amenudo cuando era ministro. Ciertó es que luchaba entonces, contra toda una cámara, de cuyos nutridos fuegos era difícil salir ileso, ni aun airoso. Aquella lucha tenaz que, durante un año, lo obligaba a presentar diarios combates, la recordaba el mismo hace poco, en un discurso que arrancó aplausos hasta a sus adversarios. Sin embargo, la táctica que entonces puso en juego no le hace mucho honor. Tirar una raya a dos pasos de sí i decir: de aquí no pasaré jamás porque yo no puedo prejuzgar, es un recurso extraordinario i que a nadie todavía se le habia ocurrido. Algunos meses despues se vió que obraba conforme a las intenciones de la Cámara, pero él mui bien se guardó de decirlo. Nos referimos a la cuestion de Bolivia, en la que fué víctima de sus ideas i de sus opiniones de completa reserva. Con solo mover los labios habria evitado una porcion de episodios borrascosos en el seno del Congreso, i de malos ratos a su delicada i estimable persona. Pero no, era preciso no prejuzgar i resistir de cualquier modo a los ataques que por los dos flancos le dirijia la prensa i el Congreso, era preciso ser víctima de su conviccion i lo fué.

Con gusto copiaríamos una parte del discurso que pronunció cuando se trataba de retirar la acusacion entablada contra el intendente de Aconcagua, en el que recordaba todos los sufrimientos que habia tenido que soportar en aquella época por establecer, segun dijo, el sistema parlamentario, pero la falta de espacio nos impide satisfacer nuestro deseo; lo sentimos porque hai en aquel discurso pasajes llenos de brillo i elocuencia.

Debemos confesarlo, Tocornal es orador de eminentes cualidades, si algunas veces se repite i se estasia en las amplificaciones, si se estravía su argumentacion, si su dialéctica se hace fatigosa, hai tambien ocasiones en que tiene razgos verdaderamente elocuentes.

Sin prejuzgar podemos decir que recojerá todavía muchos laureles, i que seguirá siendo hasta el fin de sus dias el jefe del petuconismo, un jeneral de caballería pesada.

El malogrado jóven Torres hizo, hace algunos años, un retrato de este orador, quizá exagerado en algunas partes. Aun no habia andado Tocornal la mitad de su carrera i era necesaria aguardar, como aguardamos nosotros,

una época en que nuevos laureles coronen la frente del mas hidalgo de todos los pelucones, i de uno de nuestros mas elocuentes oradores.

S. A.

UN POCO DE TODO.

En los tiempos que alcanzamos a todo se atribuye miras políticas. Lo mas ajeno a las acciones humanas es a veces tenido por elemento o causa de los acontecimientos sociales que se suceden. No es extraño que nosotros hallemos en los fenómenos de la atmósfera, cualidades peculiares de ideas derivadas del estado del hombre i solo propios de este. Creemos que las estaciones predisponen a un estado social i que, por consecuencia, puede atribuirse las condiciones de tales estados. Así, diremos que el invierno es aristocrático i el verano, por el contrario, democrático.

Estamos pues en plena aristocracia, mal que les pese a todos los demócratas del emisferio meridional.

Entraremos en esplicacion para satisfacer a los pocos a quienes disgusta esta teoria.

El invierno trae consigo innumerables usos que establecen en las diversas esferas de la sociedad, distinciones que dan un carácter de superioridad a cierta clase de personas. Estas distinciones establecen una division notable de cuyas consecuencias se desprende el estado aristocrático. Los hombres se agrupan en invierno en los grandes centros de poblacion, del mismo modo que se dispersan en verano por todos los campos; pero sucede que en el primer caso, se juntan para separarse, i en el segundo, se separan para confundirse hasta cierto punto.

Las comodidades de la vida han sido inventadas solo para el hombre rico. Este goza tranquilo en el hogar rodeado de amigos i al amor de la chimenea, de todos los placeres que le proporciona su opulencia, mientras el pobre sufre todas las inclemencias del cielo en una choza que apenas lo guarece del agua i del viento, pero no del frio que entumece sus miembros.

La falta de trabajo hace tambien que el invierno sea mas terrible para el pobre, i que la distancia que lo separa del rico se convierta casi en abismo.

No sucede así en el verano, cuando los ardientes rayos del sol han sembrado la vida, en donde el huracan del invierno espereció la muerte. Entonces las condiciones del hombre rico i del pobre no son tan diversas, i puede verse al rico que abandona la ciudad i va a recorrer el campo en medio de los segadores, i al

pobre, lleno de alegría recojer su abundante cosecha.

Si mal le ha parecido al lector este modo de introducirse, le diremos que no hai otras mas barato ni mas fácil, i que a nosotros nos agradan mucho estas dos condiciones de entrada a todos los lugares del mundo, i con preferencia al teatro, porque nos gusta la música, i a la filarmónica, porque tambien nos agrada de cuando en cuando hacer nuestras cabriolas, que para eso tenemos piernas i ándale i zamba i como no. Pero, ya lo hemos dicho, somos mui partidarios de la facilidad de entrada (no hai necesidad de advertir que lo que cuesta poco es fácil, porque esto no necesita demostracion, ni estudios económicos) i quisiéramos entrar a todas partes con poco de mas trabajo del con que salimos. Desgraciadamente no sucede así en ninguno de los lugares por los que tenemos preferencias. Al teatro, por ejemplo, se entra por una puerta, i lo que es peor, por ciento veinticinco centavos cabales, i se sale de balde i por ocho portones. A la filarmónica, tener solo el ligero pensamiento de ir, cuesta a cualquier cristiano diez pesos, si formalmente lo piensa, paga cinco pesos mas, i si se decide otros diez mas. ¡Cuántas dificultades para echar una zandunga! Veamos ahora lo que cuesta salir. Primero despedirse de la señora cuya hija sacó uno a bailar despues de rogarla una hora; segundo, buscar su sombrero i su capa con que ya otro ha emplumado dejándole en su lugar un antiguo *menschikoff* que no se atreve a poner; i por último, se encuentra con que está perdidamente enamorado de mas de una docena i que todas le han de costar indudablemente, si es que la acierte con alguna, mas de diez pesares, fruto directo de los veinte pesos que pagó por la entrada.

Ya sabe el lector lo que cuestan semejantes bufonadas, i para que no se le olvide, repita esta redondilla i apréndala de memoria si es posible.

Yo sin saber Aritmética

Saco la cuenta cabal,

El que va a la filarmónica

Paga a dos pesos pesar.

Cómo poner remedio a tantos males? No yendo, se nos dirá. Pero nosotros queremos ir. —Sujétese entónces al reglamento. —I que no se podrá reformar? Sí, que se reforme, señores, nosotros somos reformadores, que se reforme. Por qué la Cámara nomas ha de reformar? Llámese a los socios a sesion, llámese a constituyente.

Ni la buena voluntad de las niñas supieron conquistarse los autores del Reglamento i dijeron que las funciones debian concluir a la hora en que ellas comienzan a estirar las piernas.

Pero dejemos, por hoy, la reforma a los bue-

nos mozos elegantes, i sigamos nuestro camino que bastante tenemos que correr todavía para llegar al preciado fin. No hemos de quedar por reformas, atascados en esta, por qué, para eso, hai bastantes en proyecto en la Cámara de Diputados que, en estos días, ha puesto de manifiesto lo recargada que está de asuntos por discutir, i ha remitido al Gobierno la Tarifa de Avalúos para que la reforme a su gusto. La Cámara necesita que le ayuden a legislar i ha llamado al Ejecutivo en su auxilio; ha declarado que no entiende de *avalúos* pero sabe muy bien cuanto *vale* una orden ministerial.

Puede hacer lo mismo con varios otros proyectos i así quedará muy pronto desocupada.

Si todo marchara con la misma velocidad nos creeríamos muy cerca de una época feliz de progreso i engrandecimiento. Tenemos autorización para pedir prestado al extranjero tres millones de pesos, hemos encargado cuatro buques, algunas armas, nuestro honor se ha escapado en la cuestión con el ministro español, nuestros puertos se han mandados fortificar, qué más queremos? Acaso no podemos estar tranquilos? no le han robado la correspondencia a Pinzon? Bah! preocuparse sería una exaltación. Quién le hace caso a los frenéticos!.....

Seamos tolerantes, no nos ocupemos en lo que hace el Congreso, ni en lo que hacen los ministros, que cada uno sabe donde le aprieta el zapato i de qué pié cojea, vamos a dar un paseo por la alameda a ver los adelantos de la población en materia de arboricultura. Según la cantidad de árboles nuevos que cada día se planta en las calles, en las plazas i en los paseos públicos, parece que los intendentes no tienen otro medio de mostrar su celo por el adelanto de la localidad. Mientras tanto el dios de las aguas yace sepultado quien sabe en qué lugar. Nosotros por respeto a las divinidades paganas hacemos indicación formal para que Neptuno sea vuelto al imperio de sus antiguos dominios.

Si Júpiter enviara sobre nosotros una lluvia de fuego, qué haría la municipalidad para que Neptuno, airado por el mal trato que ha recibido, aplacara sus iras i mandara una lluvia abundante que destruyese los ardores de aquel otro dios? Considere la ilustre Municipalidad el peligro a que estamos espuestos, vea modo de evitarlo con tiempo, i si no lo hace por estas consideraciones, hágalo por los aguadores, súbditos fieles, que echan mucho de menos a su rei. Podía colocarse en la Alameda, siquiera como adorno, es una obra de arte que nadie se desdenaría mirar, i menos nosotros acostumbrados como estamos, a la vista de monumentos del arte plástico tales como los nunca bien ponderados ni calificados de la Confe-

deración i de la Libertad, que en paz descansan.

Casi estamos seguros de que nuestra proposición obtenga una respuesta tan satisfactoria como la que un señor municipal dió a otro autor de un proyecto de empréstito, refiriéndose a los inmensos gastos que habia hecho inútilmente la ilustrísima municipalidad, en el ornato de la población, pero no por eso dejaremos de insistir en que Neptuno debe volver a ocupar el puesto que ántes ocupaba, de surtidor de agua. Si se ha dicho que el teatro solo sirve de entretenimiento a unos cuantos ociosos que van a él a pasar la noche, sin que nadie alce la voz de la civilización i de la moral, para refutar tan enormes dislates, no será mucho que también se diga que las estatuas i las pilas son un gasto inútil, i que solo los árboles que purifican el aire con su verdura, son provechosos a la localidad. Diráse que tales pensamientos son locuras de Figaro i que hoy solo tiene razón don Basilio, que es hombre cuerdo i muy diestro en el sofleo. Digase, en fin, lo que se quiera, que nosotros diremos por nuestra parte lo que se nos antoje. Así no estaremos obligados a guardar coordinación en las ideas, i podremos pasar de un lugar a otro.

Ya que la semana ha sido tan pobre de novedades i que no nos quedan mas que algunas observaciones que hacer, aunque seria mejor pasarlas por alto, rogaremos a los señores diputados, senadores i municipales que si tienen deseos de ver reproducir sus angustas imágenes en la parte ilustrada de este periódico, como indudablemente lo tendrán, necesario es que se sirvan pasar a cualquier establecimiento fotográfico a dejar su figura exacta, por que, de otro modo, están espuestos a verse caricaturados sin quererlo. De ello solo resultarían ventajas no despreciables, pues que ganaria el periódico, ganarían las artes, los fotógrafos i también sus señorías popularidad; no puede objetarse que es un gasto inútil ni dispendioso para sus arcas, ménos exautas que las fiscales i municipales.

La crítica i la caricatura que algunos creen armas vedadas, no son sino sencillos medios de corregir los defectos que todos tenemos. Quizá a la sola reaparición del *Correo Literario*, muchos han creído que la sociedad estaba espuesta a los horrores de la licencia, pero se equivocan los que así piensan, criticaremos siempre lo que sea digno de crítica sin penetrar jamás en el sagrado de la vida privada. Las costumbres tienen en todos los países del orbe sus ridiculeces, i pueden mejorarse insensiblemente por medio de la crítica. Si el Quijote dió un golpe mortal a los Amadises, los Palmerines, i los Florianos, i concluyó para siempre con las

historias de la andante caballería, fué por haber sabido poner de manifiesto lo ridículo de aquellos cuentos i aventuras, dejenios i encantadores. Nada es pues mas inocente que la caricatura, i nadie debe enojarse cuando ve en ella sus defectos, por el contrario debe alegrarse i procurar corregirlos.

Las noticias que nos han venido últimamente de los demas puntos de América i de Europa, no han sido recibidas como debieran. Son ellas de bastante interes para nosotros i esperábamos que hubieran despertado el entusiasmo tan hábilmente adormecido, pero no ha sido así, i se han mirado con indiferencia. La llegada de Maximiliano a Méjico es una época notable en los fastos de la historia del nuevo continente. Las circunstancias en que ha sucedido, de estar este en sobresalto por el estafalario atentado español, i la otra coincidente haber zarpado para Méjico el mismo día 14 de abril, en que Pinzon robaba las islas de Chíncha, aumentan los temores, porque hasta el destino parece conjurarse contra los americanos. Si no fuera por la valerosa declaracion del Congreso de los Estados-Unidos, capaz de contener el águila rapaz de Napoleon, desconfiaríamos de que pudiera salvarse de sus garras; pero la gran república, fraccionada como está, puede amparar bajola salvaguardia de sus ejércitos la dignidad de todo el continente.

Del Perú nos dicen que las palabras de tratado i avenimiento que se murmuraban en todas partes se han desvanecido, i que aumenta cada dia mas el entusiasmo por la causa de la independéncia i del honor nacional.

La impresion que ha causado en Europa la noticia de la piratería, es bien favorable para el Perú. La prensa inglesa siguió el ejemplo de la de los Estados-Unidos i desaprobó el atentado, mas no así la francesa que favorece a la España i aconseja al Perú satisfaga las exigencias de sus ambiciosos enemigos. Esta conducta de parte de la prensa francesa no debemos extrañarla. Sabida es la buena armonía en que se encuentran los gabinetes de España i Francia, que se protejen mutuamente en sus proyectos de conquista i dominacion en América.

La noble actitud de todos los pueblos del continente nos pone a salvo de todo intento de reconquista. La Europa cuando sepa el efecto que de uno a otro extremo del continente produjo la fechoría española, sabrá apreciar cuanto vale una actitud enérgica i decidida. Entonces comprenderá que la union no está léjos de suceder, i que a este lado de los mares se va a levantar una nacion de gigante que al grito de union i libertad, consagrará la mancomunidad de intereses de todas las repúblicas, i procla-

mará como eterno principio de engrandecimiento i de gloria, la comunión de los pueblos en la democracia.

Esa época ha de venir algun dia, no lo dudemos, esperémosla mientras tengamos aliento en el corazon i fé en el porvenir.

UTRILLA.

Perfiles i bajos relieves.

EJEMPLO EDIFICANTE.

Por pura chiripa
Gobernante siendo,
Entre los asuntos
Volaba un gobierno.

Sin saber de dónde,
Salió un ministerio
I le dijo:—Tente,
Amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? responde;
Sin aliento llevo;
Los opositores
Me vienen siguiendo.

—Sí, dijo al instante
Todo el ministerio;
Pero no son rojos.
—Pues ¿qué son?—Son negros.

—Cómo ¿negros dices?
Sí, como mi abuelo;
Rojos i mi rojos,
Bien vistos los tengo.

—Tú eres ciego; vaya!
Tú te estás durmiendo.
—Son rojos, he dicho,
—Digo que son negros.

En esta disputa
Llegan los bomberos
I hacen una sopa
A todo el gobierno.

Los que no distinguen
El rojo del negro,
Que aguanten el chorro
I llamen al médico.

PINGANILLA.

DON JUDAS I DON BASILIO.

Prestáronse mútuo auxilio
Para ganar la eleccion,
Don Judas i don Basilio,
La calumnia i la traicion

BUEN NOMBRE!

De Independiente te queda
El nombre solo, a fé mia;
Afirmando en la Moneda
Niegas en la sacristia.

LOS DOLIENTES DE LA "VOZ DE CHILE" LLORAN SU DESENGAÑO.



Si pensando te desvelas,
Un buen modo de vivir,
¿Qué harás mejor que servir
Para apagador de velas?



CONGRESO NACIONAL.



D. MANUEL A. TOCORNAL.

Actual Presidente de la Cámara de Diputados.